



Doctor Juan Eloy Valenzuela y Mantilla, retrato, probablemente pintado por Salvador Rizo, que se conserva en el Museo Nacional de Bogotá. Está estudiando la *Rizo herbacea* y escribiendo su descripción con pluma de ave.

El Doctor Eloy Valenzuela

Primer Médico de Bucaramanga.

F. SERPA-FLOREZ

En orden cronológico y como arquetipo y patrono de los médicos de Bucaramanga, podemos considerar a quien primero ejerció como tal en la ciudad durante los postreros años de la colonia y los primeros de la independencia: el presbítero Eloy Valenzuela (1756-1834) (1).

Nació en la villa de Girón, que por entonces era una de las más ricas y tradicionales en la Nueva Granada. La explotación del oro y el cultivo del tabaco, así como el empuje de sus habitantes, le dieron una fisonomía peculiar. El abuelo había llegado de España en 1706, y su hijo al casarse con doña Nicolasa Mantilla, descendiente del fundador del burgo, habría de dar un retoño que bautizado con el nombre de Juan Eloy, sobresaldría por su consagración a la ciencia. Murió trágicamente, a la edad de 78 años, después de haber servido por medio siglo como cura de almas y de cuerpos en Bucaramanga.

El trajo a las tierras del hoy Departamento de Santander las enseñanzas y semillas de la ciencia que de España trasplantó a la Nueva Granada el médico gaditano don José Celestino Mutis (1732-1808) a quien la ciencia de nuestro país tanto debe en los campos del saber y, particularmente, de la botánica, cuya Expedición, creada por él en 1782, con el patrocinio del Arzobispo-Virrey Caballero y Góngora, fue el vivero de nuestra emancipación; y de la medicina, ya que implantó durante el gobierno del virrey Mendinueta, en 1802, la enseñanza de esta ciencia en el Colegio del Rosario de Bogotá (2). Cinco años de estudios (en los que se incluía la disección de cadáveres en el Hospital de San Juan de Dios) y 3 de práctica, formarían a quienes luego de los trágicos años de la Independencia, habrían de entregar la llama viva del saber a los médicos de la República, con la consigna dejada por el sabio Mutis de "conservar la salud del hombre sano y restablecer la del enfermo" (3, 4).

La vinculación con el sabio Mutis fue decisiva para el futuro de Eloy Valenzuela. Se celebraba en Bucaramanga el matrimonio de un hermano del sabio, don Manuel Mutis y Bosio, con doña Ignacia Consuegra, al que asistió don José Celestino, quien a la sazón pasaba una temporada en las cercanas minas de oro de la Montuosa, Baja y Vetas.

Doctor Fernando Serpa Flórez, Miembro Fundador de la Sociedad Colombiana de Historia de la Medicina, y Miembro Correspondiente Extranjero de la Sociedad Española de Médicos Escritores.

Valenzuela tenía por entonces 13 años y su inteligencia y voluntad de estudiar llamaron la atención del sabio, quien aceptó llevarlo a Santa Fe, donde en 1770, ingresó al único centro docente de estudios avanzados que existía en la capital del Nuevo Reino de Granada, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. (Recordemos que en 1763, el rey Carlos III publicó en Madrid la Pragmática Sanción con la que expulsó de sus dominios a la Compañía de Jesús). Allí obtuvo grado en Teología y Cánones y, por concurso, fue profesor de las cátedras de Filosofía, Matemáticas y Ciencias Naturales. Y, como su maestro el ilustre médico gaditano, recibió las órdenes sacerdotales. Don Antonio Caballero y Góngora, a la sazón Arzobispo de Bogotá, lo designó como su familiar y secretario, prueba del talento del joven clérigo gironés y del agudo conocimiento de las gentes del controvertido Príncipe de la Iglesia. En 1782, al crear la **Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada** a instancias de Mutis, nombró a Valenzuela como el primer colaborador de éste y Sub-Director de la Expedición.

Un año antes, en 1781, durante el gobierno de don Manuel Antonio Flórez, las exacciones e impuestos del Visitador Regente Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres produjeron como reacción la rebelión de los Comuneros, que estalló en la Provincia del Socorro y como una llamarada se extendió por todo el centro del país. El padre Valenzuela, que se encontraba en Girón pasando una temporada con los suyos, fue designado por las atemorizadas gentes de esa población, tradicionalmente leal a la Corona, para que parlamentara con los alzados en armas. Su labor diplomática de apaciguamiento dio resultados favorables, aun cuando la población fue tomada por los revolucionarios.

La vinculación de don Eloy Valenzuela a la Expedición Botánica duró desde que ésta inició sus actividades en 1783 hasta mayo de 1784, en que por motivos de salud se retiró de ella. Gracias al manuscrito del "Diario" (5) que llevó Valenzuela de los trabajos y viajes de la Expedición durante esa época, con los estudios realizados principalmente en la Mesa de Juan Díaz y en Mariquita, tenemos una información minuciosa y pormenorizada de lo que fue este período monumental y fructífero de la Expedición Botánica.

Los años y las decepciones cambiarían la fisonomía del científico de mirada aquilina, perfil inteligente y abacial sonrisa, cuyo índice izquierdo con señal de predicador muestra una planta que estudia, la *Rizoa herbacea*, mientras la diestra sostiene la pluma impecable con que escribe en latín: "*folis ovatis, serratis... requelariibus...*". Pintado por Salvador Rizo, en Mariquita en 1784, cuando Valenzuela tendría 28 años de edad, su efigie se conserva en el Museo Nacional de Bogotá. El cabello, cuidadosamente ondulado por detrás del pequeño solideo; el austero traje negro de religioso tiene toques elegantes de terciopelo en el cuello y las bocamangas. Y la blanca línea clerical subraya su sacramental investidura sobre el severo sotacuello.

En 1786, tenía entonces 30 años, se retira a Bucaramanga, en esa época pequeña aldea dependiente de Girón, con clima menos cálido por estar situada a 1.000 metros sobre el nivel del mar. Posiblemente no se le dificultó conseguir allí su prebenda, dada su posición en la corte virreinal (don Florentino Vezga dice que en 1789 fue nombrado preceptor de los hijos del Virrey don José de Espeleta) y la indiscutible influencia de los suyos en la región.

Los últimos retratos que de él se conservan en Bucaramanga, hechos en la postrera década de su vida, muestran un anciano tocado de montera que le cubre parte de las orejas, con gesto agrio e imperioso y amargo rictus en los labios. La exagerada distancia que se observa entre las cejas y la boca, que podría deberse a impericia del retratista, dan una orgullosa nobleza longilínea al rostro del sacerdote botánico, en cuya opaca gotana resalta sobre el negro el brillo de los botones.

La vida del sacerdote en la aldea discurrirá entre sus actividades religiosas, el ejercicio médico y algunas colaboraciones que envía al "Semanario" de don Francisco José de Caldas y don Manuel del Socorro Rodríguez. En el Tomo II, año 2 de la notable publicación, del 8 de enero de 1809, aparecen los siguientes escritos que don Eloy Valenzuela envió de Bucaramanga el 10 de noviembre de 1808:

"Noticia sobre una grama útil para potreros y prados artificiales".

"Noticia de la caña solera".

"Resumen de las quininas que se han extraído del puerto de Cartagena para otros países de América y Europa en el discurso de los últimos seis años 1802-1807".

"Observaciones sobre la aplicación de la miel para conservar los cuerpos corruptibles".

En el "Semanario" también fue reimpresa su "Descripción de una turba silvestre, tan útil como las que se cultivan, pero enteramente desconocida y tal vez ignorada de los botánicos", que según el investigador J. G. Haukes, de la Universidad de Cambridge, citado por el Padre Enrique Pérez Arbeláez (5) "debe ser colocado como el primero en el mundo sobre un tema que tan enorme literatura ha merecido en los últimos años". La impresión original de este trabajo, así como el de un opúsculo de 14 páginas en 4º, titulado "Noticia sobre una mina de alumbre y otros

fósiles”, se realizó en Cartagena, en la Imprenta de don Diego Espinosa de los Monteros. Es interesante observar el estilo polémico del cura de Bucaramanga en su estudio sobre la *Solanum papa* descubierta por él; este documento termina con una andanada contra Caldas y don Manuel del Socorro. Este le respondió: “El honor de los hombres de bien no es turma ni se vende tan barato como las turmas silvestres”. Caldas lo trata de “cobarde” por lo que escribe contra él, aunque se muestra deferente ante su edad, su profesión y su ciencia. En el Suplemento 6 del “Semanario”, José Fernández Madrid, médico y, años después, Presidente de la República cuando comenzaron los días más trágicos de la emancipación, dedica a Valenzuela su trascendental “Memoria sobre la naturaleza, causa y curación del coto”, que lleva prólogo de don Francisco José de Caldas.

Y llega entonces el año de 1810, decisivo para la patria, fatídico para la Colonia. En Santa Fé de Bogotá estalla el grito de la independencia el 20 de julio. En Pamplona el 4 y en el Socorro el 10 del mismo mes se establecen Juntas de Gobierno, preludio de la revolución contra el imperio español. La Villa de San Juan de Girón no puede evitar la marea del mar de leva que va a cambiar la tranquila vida colonial. El 30 de julio el pueblo se levanta y, reunido en la plaza del burgo, elige como Presidente de su Junta de Gobierno al que consideraron como el más prudente y digno para dirigir sus destinos; a quien los había salvado 30 años antes de las llamas de la frustrada revolución comunera; al mejor representante de las tradiciones religiosas y sociales de la villa que, en el fondo y, aun todavía, sigue siendo monárquica y castiza: al canónigo doctor don Eloy Valenzuela y Mantilla, cura de Bucaramanga.

El padre Valenzuela no era un héroe, en el sentido que lo fueron tantos de sus compatriotas y de sus gentes que regaron con su sangre la tierra para que la libertad fructificara. El padre Valenzuela era un cura de almas, botánico, escritor y médico caritativo de la aldea de Bucaramanga. No fue llamado, como lo fue su hermano don Crisanto Valenzuela, como lo fue su condiscípulo del Colegio del Rosario, estudioso de la química y valeroso comandante de la Campaña del Sur, don José María Cabal, como casi todos sus compañeros de la Expedición Botánica, el sabio Caldas, don José Zabaraín, don Jorge Tadeo Lozano, don Salvador Rizo, a pisar las losas mortales del patíbulo.

El cura Valenzuela era un alma mansa, a pesar de sus frecuentes explosiones de mal genio en la vejez y sus pecados veniales de orgullo, que no de soberbia, en el bíblico sentido de la palabra, justificables para poder ayudar a su cayado en la conducción de su ignorante rebaño provinciano. Hubiera podido responder, como la leyenda dice que Talleyrand contestó a Napoleón cuando éste le preguntó: Y vos qué hicisteis durante la época del terror? Yo sobreviví, Sire...

Sobrevivió, sí, a pesar de sus escasas dotes de político y quizá por ello mismo. Elegido Presidente de la Junta de Gobierno de Girón, toma juramento de la adhesión de sus mandantes con las siguientes palabras:

“Juran ustedes la monarquía hereditaria de Fernando VII (a quien Dios guarde) si la Providencia lo restituye al trono de las Españas, pero con las mitigaciones, cautelas y reformas que se anuncian desde los principios y cuya necesidad se ha hecho cada día más patente?”. Después prometió combatir la holgazanería y el robo, gravar el lujo y propuso otras medidas económicas en relación con el beneficio del oro, el estanco del tabaco y los impuestos, construir caminos y puertos, defender la libertad de la Provincia contra sus enemigos.

Las fuerzas centrífugas de la revolución se hacían sentir por todas partes. Los aguerridos habitantes de la vecina Piedecuesta, apoyados por los pamploneses, desconfiaban de los de Girón por considerarlos, con razón, realistas. El doctor Valenzuela, luego de hacerles llegar un intemperante ultimátum por él firmado, en el que solicitaba la liberación del alcalde de Los Santos con términos que el Caballero de la Triste Figura hubiera gustosamente empleado, y con los cuales “los apercibimos, requerimos y notificamos por una, dos y tres veces... que usaremos la fuerza conforme a lo establecido por las Leyes y en cuanto nos ayude el auxilio del cielo y de las armas de que venimos escoltados...”, todo ello para obtener lo que “reclama la justicia y aun el derecho de los más estúpidos bárbaros”, envió un ejército de cuatrocientos gironeses, del que él mismo “había sido investido por sus súbditos con el título más místico que guerrero de Capellán” (5).

En el sitio de Mensulí se decidió la batalla campal en que un poco más de 100 piedecuestanos “pusieron en fuga (refiere el comentarista gironés de los hechos), no digo que vergonzosa, pero sí acelerada” a los de Girón, que tuvieron que refugiarse en la villa con el “capellán inclusive” (6).

Pocos meses duró gobernando su “ínsula” después de este descalabro. Se reintegró a su curato, que hubo de abandonar por 3 años en 1813, (coincidencia curiosa) retornando en 1816, en el año del terror.

“Para mal de sus pecados, dice el ilustre médico historiador Mario Acevedo Díaz (5), corría ante los patriotas como realista y ante los realistas como patriota”. Sus razones tendrían unos y otros. El hecho es que, como bien lo confirma él mismo, vuelve a ser extrañado de la ciudad: “Lo que son 67 años de edad y 70 de amarguras, (escribe en su cabalístico estilo) disgustos y destierros; primeramente por los chapetones y novísimamente por los republicanos, compatriotas con quienes no valió empeño ni el respeto de la vejez, enfermedades y riesgos, para hacerme conducir en guando por San Gil a Soatá, donde se me conmutó la marcha a Guayana por Casanare, en otra por Pamplona al

cuartel general de San Cristóbal, que se cortó y estacionó en San Antonio de Táriba. Dios quiera que tanto trabajo y pesar se convierta en vida perdurable...

Por estas calendas ya nos hallamos en los primeros difíciles años que siguieron a la emancipación muy poco después del triunfo de Boyacá. Y el forzado viaje que se vió obligado a realizar nuestro bondadoso aunque intemperente levita, posiblemente fue la consecuencia de venganzas parroquiales.

Nuevamente regresa a Bucaramanga. Y prosigue su piadosa labor sacerdotal con su caritativo quehacer de médico, como lo consigna don José Joaquín García el cronista de la ciudad: "Sus conocimientos en las ciencias naturales y particularmente en la botánica, le permitían ejercer la caridad recetando constantemente a cuantos ocurrían a él; y su ciencia, acompañada de la fe y veneración que inspiraba el augusto carácter de que estaba investido, alcanzaba muchas veces los mejores resultados en los enfermos que se le encomendaban" (1). En 1828 hay un notable acontecimiento en la historia de Bucaramanga: la permanencia durante 70 días en la población del Presidente de la República, Libertador Simón Bolívar. En la ciudad de Ocaña se reunía la Convención llamada a reformar la Constitución de 1821. Dos tendencias se configuraban, la que apoyaba un gobierno centralista y fuerte, con poderes discrecionales para Bolívar, y la que dirigían Santander, Azuero y Soto, de tendencias civilistas y liberales, en oposición al gobierno del Libertador, quien resolvió viajar a aquella, por entonces pequeña aldea, para seguir más de cerca el desarrollo de los acontecimientos.

La población recibió con su legendaria hospitalidad y todas sus galas a Simón Bolívar. En la casa del doctor Eloy Valenzuela se ofrece la primera recepción al Presidente de la República, una cena que, a los ojos de algunos adoleció de los excesos y defectos que la modesta ciudad de entonces no podía superar. El Libertador, sentado en la silla capitular de la iglesia de Girón que para el efecto hubieron de traer en préstamo, comenta lo desproporcionado de la situación con una alusión a "las bodas de Camacho", ante la mirada de zorna de sus edecanes. El cura, en alarde de ingenio, sale a la defensa de su grey, con una hidalga respuesta: "Es verdad, Señor, puesto que Vuestra Excelencia está haciendo de Quijote".

En sus "crónicas" don Joaquín García recuerda que: "La primera visita que el Libertador hizo fue para el Párroco, doctor Valenzuela, quien se asegura que tenía sus puntos de realista, cosa que no podía ignorar el primero. Se nos refiere que al presentarse en su casa, sencillamente vestido, con saco de color oscuro y sombrero de fieltro pequeño, preguntó con arrogancia: "Está aquí el doctor Eloy Valenzuela?" a lo que éste contestó, saliéndole al encuentro: "Aquí lo tiene usted, en cuerpo y alma" (1).

Fue en la sala de la casa del Párroco donde Bolívar halló su retrato, con un dístico escrito por el propio señor cura que decía: "Este santo y Napoleón no son de mi devoción".

Bolívar captó al sacerdote para su causa. Tanto que éste resolvió redactar por esos días una especie de boletín periódico que intituló "Almanaque relativo al Libertador", idea que no fue del agrado de Bolívar quien hizo el siguiente comentario a su edecán, Louis Peru de Lacroix: "El cura realmente está loco, tiene las mejores intenciones y se las agradezco, pero ha reunido multitud de cosas insustanciales sobre mi persona, mi modo de vivir, mi frugalidad, en lo que llama su "Almanaque"... Que no vaya a imprimir eso; ¡ Hable usted con el y trate de disuadirlo!" (7, 8).

El 24 de junio de 1828 el Padre Eloy Valenzuela encabeza con su firma el acta de apoyo a Bolívar de la municipalidad de Bucaramanga. Recordemos que esta adhesión incondicional pedida por el partido ministerial o boliviano constituyó una especie de plebiscito en fevor de los poderes dictatoriales para el gobernante, enfrentado a una oposición cada vez mayor. Esa fue quizá la última intervención en una actividad política de nuestro sacerdote y médico, siempre a la penúltima moda en tales menesteres.

Prosiguió, sí, dedicado de lleno a sus otras actividades, las religiosas, ayudado por su hermano menor José María, también sacerdote (9). Las de buen ciudadano, con proyectos ambiciosos, como la instalación de un molino en el río Suratá, la traída a la población de tejedores de telas de El Socorro, para enseñar a las gentes esta actividad, así como la hechura de sombreros de paja, que llegaron a exportarse y constituyeron fuente de empleo y de divisas. Y las médicas, en que desplegó siempre encomiable espíritu caritativo. Era la persona con mayores conocimientos a la que se podía acudir en esa extensa región. "Ejerció la medicina con gran desprendimiento, nos dice Soriano Lleras en su obra sobre "Medicina en el Nuevo Reino de Granada durante la Conquista y la Colonia" y viajando en ocasiones a poblaciones distantes como cuando fue a atender a doña Josefa de Acebedo, esposa de don Manuel Jiménez, Administrador de la Real Factoría de Tabaco de Zapatoca" (10).

Hay que tener en cuenta que entre los años finales del siglo XVIII y el primer tercio del siglo XIX, aparte del doctor Eloy Valenzuela, muy pocos, casi ningún médico o persona con conocimientos científicos ejerció la profesión en la inmensa extensión del territorio patrio que sería después el Departamento de Santander. Con razón don Joaquín García afirma que fue "el doctor Valenzuela el primer médico que tuvo Bucaramanga, y aun cuando sus títulos, como

ya lo hemos dicho, no eran propiamente más que de botánico, alcanzó general reputación por sus aciertos en la ciencia de Galeno” (1).

Y agrega este significativo comentario: “Indicaba, por lo común, en sus recetas el uso de sustancias vegetales, y de aquí viene que, aun en el día, entre las personas de ese tiempo que existen en la ciudad, se deja conocer marcada resistencia a medicarse con productos animales o minerales para lo cual ellos alegan los conocimientos del doctor Valenzuela” (1).

De sus tiempos en la Expedición Botánica el doctor Valenzuela conservó la costumbre de anotar, periódicamente, las observaciones y los hechos importantes o de interés. Algunas de tales acotaciones se han conservado gracias a que las hizo al margen del libro de bautizos o en el de defunciones de la parroquia. Llevaba también una denominada por él “Plana Estadística del Curato de Bucaramanga”, en la que consigna la siguiente importante anotación en el año de 1832, que nos hace presumir si las defunciones observadas por él se debieron a la fiebre amarilla. Dice así el médico sacerdote: “Muertos: De setenta adultos, ninguno de esta edad (setenta años [N. del A]); seis han muerto de repente y muy pronto han manifestado la putrefacción; los restantes, y aún más, de (sic) párvulos, de afecciones hepáticas o biliosas, que es la peste endémica de la América Equinoccial, y por lo mismo nuestros médicos deben hacer un estudio profundo de aquella víscera y de este tumor, auxiliados de la Anatomía y de observaciones sostenidas y combinadas. Quizá la amarillez, imbrobera y opilación (acumulación de humor acuoso, anasarca [N. del A.]) del río Magdalena no tarda en escalar el Aserradero y dominar la sabana, como lo han hecho el coto y lo va haciendo el lazarino” (11, 12).

El rápido fallecimiento (“muerte de repente”) y la pronta descomposición del cadáver. “Las afecciones hepáticas o biliosas” cuyo síntoma es “la amarillez” o ictericia, “dolencia que del Río Magdalena no tarda en escalar el Aserradero” (recordemos que la fiebre amarilla selvática ataca a quienes tumban los árboles del bosque) “y dominar la sabana...” son indicios que podrían hacer pensar en casos mortales de dicha enfermedad. Y, de todos modos, como bien lo anota don Enrique Otero D’Costa en su estudio “Anónima vida del Reverendo Padre Eloy Valenzuela” (11, 12) tal escrito es el “primer ensayo de estadística demográfica que se hizo entre nosotros”.

En su importante investigación el notable historiador, además de las obras que ya se han enumerado, escritas por don Eloy Valenzuela, cita otras dos muy interesantes. Un “Informe del cura de Bucaramanga sobre reducir los caceríos del campo a poblaciones urbanas”, datado el 30 de agosto de 1802 en Bucaramanga, y una propuesta de “Reforma de estudios en los seminarios”. Toda la anterior bibliografía del padre Valenzuela y, singularmente, el “Primer Diario de la Expedición Botánica” que el sabio historiador don Guillermo Hernández de Alba rescató para el patrimonio colombiano, son el testimonio de las interesantes dimensiones científicas que tuvo la vida de don Eloy Valenzuela.

En sus escritos se preocupaba por el mejoramiento de la sociedad y tendía a que sus observaciones tuviesen alguna aplicación práctica. Así, en su estudio sobre las gramíneas o el uso de la miel para las conservas. En su proyecto de “Reforma de estudios en los seminarios”, no solamente aboga por la modificación de algunas costumbres en el clero, en especial atinentes al préstamo de dinero con interés, sino que en su parte final consigna la siguiente observación que nos muestra su desvelo por el fomento de la investigación y la ciencia: “Se ha establecido en la capital el estudio de la Química el más delicioso y el más fecundo en resultados útiles a las artes, economía y medicina...” Y, luego de algunas consideraciones, agrega: “Suponiendo pues que debemos comenzar por el vidrio antes que por los esmaltes y docimasia, ofrezco diez pesos por la primera limeta, cinco por la segunda, veinte reales por la tercera y diez por la cuarta, cuyo importe se depositará en el señor Bruno Espinosa para adjudicarlo a quien acredite ser manufactura de laboratorio, exponiendo la duración del fuego, la proporción de los ingredientes y el sitio en que se han tomado, porque no deben venir de fuera...” Recordemos que docimasia es el arte de ensayar los minerales para determinar los metales que contienen y en qué proporción y que limeta era el nombre común de las redomas o vasijas de cristal usadas por los químicos.

El paso de los años ejerce la natural influencia sobre el padre Valenzuela, que envejece entregado a su labor piadosa de atender la salud espiritual y corporal de sus feligreses. Vive en una casa modesta en la plaza principal del pueblo, con un gran solar en el que cultiva su jardín botánico. Vecina a la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, en que Bolívar oía la misa, de humilde espadaña y acogedoras naves, donde se conservaban las ingenuas efigies de San José y San Antonio y el sagrario con copia de la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá, patrona de Bucaramanga que, cuando se presentaba una epidemia era sacada en rogativa por las calles aldeanas. El mismo retablo acerca del cual Peru de Lacroix puso acerbos comentarios en boca de Bolívar y que hoy se halla en Caracas en sitio de honor de la Academia de Historia, como digno presente que un ilustre médico santandereano hizo a la ciudad natal del Libertador (8).

Ya tiene 78 años. El proyecto de escribir la “Flora de Bucarama” (el apócope es una de sus peculiaridades) con el apoyo pecuniario de sus coterráneos, no pasa de ser uno de los múltiples planes del viejo cura que fracasan por falta de ayuda. Su sobrino don Benito J. Valenzuela viajará pronto a Bogotá a estudiar medicina en la Universidad Central, fundada por el general Santander, y será el primer médico graduado (1840) que ejercerá en Bucaramanga.

Hombre prudente, aunque aún es fuerte y saludable, escribe su testamento el día 20 de septiembre: "Hallándome (gracias a Dios) en mi sano juicio....queriendo estar desocupado para la muerte, y ahorrar litigios y disgustos a mis confidentes, con pretensiones injustas e indecorosas a los que han hambre y sed de lo ajeno..." Como primer testigo del documento firma don José Bretón.

A la media noche del 31 de octubre de 1834, armados de lanza y puñal dos embosados saltan la tapia del solar del cura, donde tiene su "jardín botánico". Entran a los aposentos buscando riquezas escondidas que no encuentran. El cura los observa desde su hamaca. Los conoce? Cómo no los va a conocer si uno es su ahijado y los ha bautizado a ambos. El cura no sabe mentir: Sí, los conozco, pero los perdono".

Enseguidos por la codicia y el espanto, lo traspasan a lanzasos.

Un monaguillo que vive en la misma casa acude a las llamadas del moribundo y da la alarma, mientras los asesinos huyen. Las campanas del pueblo comienzan a tocar a rebato y después seguirán doblando mientras duran las largas horas de la agonía en la madrugada.

El padre Valenzuela aún puede hablar y está lúcido. Todos le preguntan quiénes son los asesinos, inclusive uno de los homicidas, que acude al lugar del crimen. El cura repite: "No me perturben. Yo los perdono".

Se supo quienes fueron, pues un hermano de los autores del sacrilegio fue reconocido al esconder bajo tierra el comprometedor producto del infame robo. Luego del correspondiente juicio, que se efectuó en Girón uno de ellos, que aceptó ser el autor material del crimen, después de escuchar su sentencia y ser arrastrado sobre un cuero de res, fue ejecutado en la plaza principal de Bucaramanga.

Su cabeza permaneció allí, durante un año, expuesta en una escarpia. Y su mano derecha, como escarmiento, fue clavada en la puerta de la vivienda de la inocente víctima. El otro asesino sufrió varios años de prisión en Cartagena.

Es este un ensayo corto sobre la vida admirable del doctor Eloy Valenzuela, médico de almas y de cuerpos. Escrito con afecto por quien desde su niñez escuchó hablar con veneración y cariño de él en su casa paterna. "El buen cura de Bucaramanga" lo llamó Bolívar. *Ardente papyperum charitate consumptus, humanis omni genere tamquam divinis praeclaris scientiis*, reza el epitafio de su tumba: "consumido en caridad ardiente a los pobres, preclaro en toda clase de ciencias divinas y humanas".

REFERENCIAS

- García J J: Crónicas de Bucaramanga. Bogotá, Imprenta y Librería de Medardo Rivas, 1896
- Hernández de Alba G: La Medicina en el Colegio Mayor del Rosario. Revista del Colegio de Nuestra Señora del Rosario 1965 (Sep-Oct); No. 473
- Serpa Flórez F: Médicos, medicina e historia. Bogotá, Edit. Didáctica, 1977
- Hernández de Alba G: Medicina en el Virreinato de la Nueva Granada, Bogotá
- Valenzuela E: Primer Diario de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada. Prólogo del Dr. Mario Acevedo Díaz, 1952; Bucaramanga, Imp del Depto.
- Reyes Rojas L: De algunas glorias de la raza y gente de Santander, 1990; Bucaramanga, Imp. Deptal. de Santander
- Perú de Lacroix L: Diario de Bucaramanga, 1978; Bogotá, Ed. Sol y Luna
- Navarro N: Diario de Bucaramanga. Estudio crítico y reproducción literalísima del manuscrito original de Luis Perú de la Croix con toda clase de aclaraciones para discernir su valor histórico, 1935; Caracas
- Carvajal M: Bucaramanga Histórico. Conferencia dictada en el Centro de Historia de Santander el 20 de julio de 1932. Rev. Estudio, 1932; No. 12. Bucaramanga
- Soriano Lleras A: Medicina en el Nuevo Reino de Granada durante la Conquista y la Colonia, 1966; Bogotá, Imp. Nal.
- Otero D'Acosta E: Anónima vida del R. P. Eloy Valenzuela. Rev. Estudio, Bucaramanga, 1932 jun; 2 (10) : 240-60
- Otero D'Acosta E: Anónima vida del R.P. Eloy Valenzuela. Rev. Estudio, Bucaramanga, 1932 jul; 2 (11) : 282-302